Liber Hyperboreas

Luis E. Íñigo

nowtilus

Colección: Narrativa
www.nowtilus.com

Título: *Liber Hyperboreas*
Autor: © Luis E. Íñigo

Responsable editorial: Isabel López-Ayllón Martínez
Maquetación: Patricia T. Sánchez Cid

Copyright de la presente edición © 2013 Ediciones Nowtilus S. L.
Doña Juana I de Castilla 44, 3o C, 28027 Madrid
www.nowtilus.com

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece pena de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ISBN Edición impresa: 978-84-9967-484-1
ISBN Impresión bajo demanda: 978-84-9967-485-8
ISBN Digital: 978-84-9967-486-5
Fecha de publicación: Marzo 2013

Impreso en España
Imprime: Imprenta Fareso
Depósito legal: M-3109-2013

Para Ester:
Sin ti ya no concibo el hoy
ni el mañana,
y el ayer en el que no estás
no me parece mío.

Si secretum tibi sit, tege illud, vel rebella.[1]

Antiguo proverbio de los cruzados

[1] Si tienes un secreto, escóndelo o revélalo.

ÍNDICE

Prólogo 15
Capítulo 1 27
Capítulo 2 37
Capítulo 3 47
Capítulo 4 53
Capítulo 5 61
Capítulo 6 65
Capítulo 7 69
Capítulo 8 73
Capítulo 9 77
Capítulo 10 83
Capítulo 11 87
Capítulo 12 93
Capítulo 13 99
Capítulo 14 103
Capítulo 15 107
Capítulo 16 115
Capítulo 17 123
Capítulo 18 129

Capítulo 19 133
Capítulo 20 135
Capítulo 21 143
Capítulo 22 149
Capítulo 23 153
Capítulo 24 161
Capítulo 25 169
Capítulo 26 173
Capítulo 27 179
Capítulo 28 183
Capítulo 29 187
Capítulo 30 193
Capítulo 31 201
Capítulo 32 209
Capítulo 33 219
Capítulo 34 223
Capítulo 35 227
Capítulo 36 233
Capítulo 37 239
Capítulo 38 247
Capítulo 39 257
Capítulo 40 265
Capítulo 41 273
Capítulo 42 283
Capítulo 43 289
Capítulo 44 293

Capítulo 45 297
Capítulo 46 305
Capítulo 47 311
Capítulo 48 317
Capítulo 49 323
Capítulo 50 327
Capítulo 51 331
Capítulo 52 335
Capítulo 53 337
Capítulo 54 341
Capítulo 55 347
Capítulo 56 351
Capítulo 57 357
Epílogo 363

Prólogo

Oxford, Inglaterra,año del Señor de 1294

El primer rayo del tímido sol de la mañana sorprendió al anciano monje inclinado sobre su escritorio. Como cada día a lo largo del último año, había pasado la noche en vela, sin más descanso que la corta tregua de dos o tres horas de ligero sueño que de tanto en tanto se veía forzado a conceder a sus huesos doloridos. La ardua tarea de copiar el gastado rollo de papiro que se deshacía entre sus viejos dedos castigados por la artritis absorbía su energía como un fantasmal vampiro sediento de sangre. Sus leales utensilios, el sólido atanor que había construido con sus propias manos cuatro décadas atrás, el bruñido alambique de cobre, los innumerables matraces, redomas y cucúrbitas, que antaño considerase tan preciosos, yacían ahora bajo el polvo del más lamentable olvido. Densas telarañas se iban formando lentamente por encima de su cabeza siempre inclinada sobre el bufete, transmutado en una suerte de raro altar pagano en el que el viejo alquimista rendía culto a las esquivas deidades del conocimiento. Sus hábitos de franciscano, bastos y parduzcos, mostraban en su ajado paño los estragos del abandono. La desmayada barba, dejada a su libre albedrío, y el pringoso cabello, que salpicaba aquí y allá en ralos mechones el cráneo rotundo y brillante, rendían cuenta cabal del gravoso

tributo que el cuerpo subyugado pagaba al alma triunfante. Ni aun las cataratas que velaban ya sus ojos glaucos podían distraer al adepto de su obsesiva labor. Durante doce largos meses, sólo el olor intenso y ligeramente metálico de la tinta y el acre aroma del papiro en descomposición habían logrado burlar en parte la terrible dictadura que él mismo había impuesto a sus sentidos entregados a la cuidadosa transcripción que le ocupaba. Pero era tal el caudal de conocimiento que se ocultaba tras las incomprensibles palabras y las extrañas ilustraciones de aquel viejísimo testigo de tiempos remotos que el mayor de los sacrificios le parecía un precio banal a cambio de asegurar su transmisión a las generaciones venideras.

Aún era capaz de recordar con todo detalle, él, que ahora olvidaba incluso lo que había hecho minutos antes, el lejano día en que llegó a sus manos el papiro. Caía ya la hora de vísperas. Desde el horizonte, el sol moribundo de una fría tarde de invierno vestía de tonalidades rojizas los almendros en flor que salpicaban aquí y allá el huerto del lúgubre monasterio de Ancona en el que sufría resignado su forzado exilio. Una desigual hilera de monjes con las tonsuradas cabezas inclinadas y cubiertas por el negro capuchón de sus hábitos caracoleaba en completo silencio en dirección a la capilla. Llegaba tarde. Aunque no las oía, le parecía escuchar ya las palabras canónicas con las que el severo abad daba inicio cada día al rezo vespertino. «Deus, in adiutorium meum intende. Domine, ad adiuvandum me festina. Gloria Patri, et Filio, et Spiritui Sancto. Sicut erat in principio, et nunc et semper, et in saecula saeculorum. Amen. Alleluia». Pronto habría de escuchar, una vez más, su merecida admonición.

Se disponía, con no poco trabajo, a ponerse en pie para asistir al fin al oficio con sus hermanos, cuando Juan, su amado discípulo, se presentó ante él sosteniendo con extremo cuidado en sus manos fuertes y jóvenes un extraño paquete de regular tamaño. Nada, al menos en apariencia, había cambiado en su aspecto desde la última vez que se vieron excepto su entusiasmo, que parecía todavía mayor de lo habitual.

—Lo que aquí os traigo, maestro –le había dicho tras abrazarlo largo rato con el mismo afecto que siempre le mostraba–, sin duda os aliviará la inmensa pena de veros aquí solo y apartado de los

hombres e injustamente privado del goce de apagar vuestra insaciable sed de conocimiento en las fuentes de la sabiduría.

—¿Y qué es ello, mi buen Juan? –había contestado él, tratando de disimular su certidumbre de que nada había bajo el sol capaz de lograr el admirable efecto que su ingenuo discípulo atribuía al misterioso envoltorio–. ¿Acaso me traes ahí un ejemplar del libro perdido de la comedia del gran Aristóteles? ¿O quizá lo que con tanto celo esconden tus jóvenes manos sea un arcano tratado de Alquimia de puño y letra del mismísimo Hermes, el tres veces grande, mítico soberano de Tebas, inventor de la escritura y padre de todo el humano conocimiento?

—Oh, no, nada de eso, maestro –había respondido Juan, sonriendo con una picardía que vistió por un momento su semblante de infantil inocencia–. En verdad os aseguro que ni siquiera esas obras que mencionáis os agradarían más que esta que aquí os traigo.

—Bueno, pues no me tengas más en ascuas –recordó haber dicho el alquimista con una expectante curiosidad que le había sorprendido incluso a él mismo. Vayamos hasta mi celda y desenvuelve allí, a salvo de miradas indiscretas, ese circunspecto fardo para que podamos ver bien su contenido. Tengo para mí que el abad dejará de lado por un día su habitual severidad y tendrá piedad de este viejo monje que va a saltarse por vez primera el oficio de vísperas al que nunca, a pesar de sus muchos achaques, ha faltado, aunque siempre llegue tarde.

Así lo habían hecho. Como siempre que evocaba aquel suceso, en su mente se formó con absoluta nitidez la imagen del papiro, tal como se había aparecido ante sus ojos aquella tarde de invierno, en algún sentido el primer instante de auténtica iluminación espiritual que había conocido después de siete largas décadas de meditación y estudio. El recuerdo, tan vívido, estimuló sus sentidos, que creyeron percibir de nuevo el sordo crujir de aquel vetusto rollo cuando, con exquisito cuidado, empezó a estirarlo sobre la basta mesa de su celda; sintió el intenso olor que desprendió al tomar contacto con el aire tras incontables años de aislamiento, y su peso, ligero como una pluma a pesar de su tamaño.

Los recuerdos anegaban su mente como una cascada incontenible, y apartaba incluso por un instante su mano exhausta de

la suave vitela de ternera sobre la que trazaba sin descanso los extraños caracteres. Aquella misma noche, apenas se hubo marchado su discípulo, se entregó con fruición a la tarea de descifrar el papiro que, según le había dicho Juan, había adquirido en una taberna del Trastevere a un viejo posadero que lo exhibía en su tugurio para ganarse unas perras explotando la curiosidad de sus parroquianos. Dos largas semanas le había llevado descifrar el misterioso código en el que estaba redactado, y sólo un día leer todo su contenido. Después, sin pensarlo apenas, había tomado una decisión irrevocable: no difundiría la traducción, que guardó para sí mismo, archivándola en un oscuro rincón de su mente. Se limitaría a copiar el manuscrito, imitando con la precisión de un pintor los insólitos signos en los que estaba escrito. De ese modo lo salvaría para la posteridad pero sin traicionar los elevados fines de sus autores.

Y así lo había hecho. Cuando, diez meses atrás, la muerte del fanático pontífice que había impuesto sobre su encorvada espalda la carga terrible del ostracismo le permitió regresar al fin a su amada Inglaterra, trajo con él, oculto con discreción, el papiro. Abandonando sus otras ocupaciones, ya muy escasas debido a su avanzada edad, dedicó noche y día a copiarlo en pergamino de la mejor calidad, dejando su tarea tan sólo por breves instantes para servir a las aún apremiantes necesidades de un cuerpo que se apagaba a ojos vistas y un espíritu que, sabiendo cercano su final, pedía con fervor a su Creador que le concediera el tiempo suficiente para culminar con éxito su obsesiva tarea.

Por suerte, el Señor había escuchado sus súplicas. La primera luz del amanecer lo había sorprendido copiando la última palabra, casi invisible ya sobre el papiro original. Le restaba únicamente concluir lo que él llamaba el *mensaje,* el texto en latín que, según había decidido meses atrás, acompañaría al códice con el fin de orientar la labor de quienes en el futuro se acercaran a él hambrientos de un conocimiento que quizá no les sería todavía dado comprender. Para hacer más llevadera la tarea de la transcripción, había ido acompasándola con la redacción del mensaje, que ahora debía tan sólo concluir. Tomó así un último pergamino, una hoja pequeña y de peor calidad, raspada una y otra vez para escribir sobre ella, leyó las líneas escritas el día anterior, para retomar así

el hilo de sus palabras, y rasgó su cien veces mancillada superficie con el extremo de su cálamo entintado:

> Y, en fin, sólo me resta recordarte, ávido lector, que esta que ahora tienes en tus manos no es sino la copia fiel de un documento cuyos orígenes se pierden en la noche de los tiempos, en una edad remota en la que la humanidad hubo de sufrir por vez primera el terrible castigo que merecía su ilimitada arrogancia. No olvides, pues, que el conocimiento que contiene es tan excelso y son tan profundas sus enseñanzas, que, sólo cuando el espíritu del hombre se haya elevado a un plano superior de existencia, será digno de comprender cuanto aquí se dice. Entonces, el género humano se adentrará en una nueva era de iluminación espiritual que lo acercará por fin a su creador. Hasta ese instante…

La pluma cayó de las manos del monje y aterrizó, tras un lento planear, sobre las frías losas del suelo de la celda. Sus ojos se velaron al momento y su cabeza, abandonada sin aviso por los músculos que la sostenían, golpeó con fuerza el escritorio, volcando el tintero y derramando un gran charco de tinta sobre las últimas palabras del texto. A sus espaldas, un fornido hombre de armas sonrió en silencio mientras se aprestaba a cobrar la valiosa presa que había venido a cazar. Sobre su pesado manto de apretada lana ribeteada de piel de zorro, dos extrañas runas de plata, dos rayos rasgando juntos las tinieblas de la noche, campeaban orgullosas sobre un fondo negro como la muerte.

El precioso legado había cambiado de manos una vez más. En la guerra milenaria entre la luz y la oscuridad, la más antigua y trascendental que jamás conociera la humanidad, las fuerzas del bien habían perdido una batalla.

Toledo, España, julio de 1919

El local era más grande de lo que había creído en un principio. El recinto, al que se accedía desde la calle, parecía pequeño, y diminuto el mostrador donde el anciano librero recibía al visitante con el gesto entre anhelante y obsequioso del vendedor

ávido de clientes. Pero aquello no era sino la engañosa antesala de un intrincado dédalo de amplias cámaras y corredores interminables cubiertos hasta los elevados techos por incontables anaqueles repletos de pergaminos, códices y libros de toda edad y procedencia. La tenue claridad que penetraba con dificultad a través de la pequeña puerta de sucios cristales apenas translúcidos enseguida dejaba paso a una penumbra densa. El escaso aire fresco pronto se batía en retirada ante una atmósfera espesa, invadida por la particular mezcla de aromas del papel antiguo, la añosa vitela, el vetusto cuero y, cubriéndolo todo como una segunda piel, un polvo espeso y ubicuo que parecía conferir con su sola presencia una patente insuperable de autenticidad. Se trataba de un ambiente viciado, insalubre, pero sin duda magnífico para cuantos accedían a aquellas lóbregas estancias en busca de tesoros tal vez aún ignorados por su propietario, quizá dispuesto a venderlos por mucho menos de lo que valían.

Pero no era ese el ánimo que impulsaba aquella tórrida tarde de verano manchego a Wilfrid M. Voynich, al que se consideraba, con no poca razón, como el coleccionista de libros antiguos más prestigioso de Europa. Recién llegado de Londres, donde tenía su negocio en el número uno de Soho Square, se había acercado hasta la vieja librería de la pequeña villa castellana, que sólo conocía por referencias, movido por el deseo de adquirir algunas versiones latinas de textos árabes de la Escuela de Traductores de Toledo. Con ello, pensaba, completaría al fin su ya nutrida colección de manuscritos medievales. Así, la gran exposición que estaba organizando en Washington, que había de inaugurarse a comienzos del otoño, resultaría todavía más atrayente a ojos de sus acaudalados clientes norteamericanos, y se multiplicarían de forma exponencial sus posibilidades de realizar buenos negocios en la próspera capital del Potomac.

Mientras el librero reunía, esperanzado y satisfecho, el material que le había pedido, el visitante entretenía su espera apurando con poco gusto un vaso del agreste vino del país y rebuscando indolente entre los atestados anaqueles. Había en ello mucho más de curiosidad genérica que de genuino interés profesional, pues ya hacía tiempo que había abandonado su antiguo sueño de hallar en sus pesquisas un ejemplar capaz de convertirlo, de pleno derecho,

en el mayor experto en libros antiguos de la historia. Y fue así, casi sin querer, como vino a reparar en un pequeño códice encuadernado en cuero de color púrpura, sin título o indicación alguna en sus pastas, que descansaba, entre algunos otros semejantes a él, sobre una mesa cubierta por una espesa capa de polvo.

A priori, nada había en aquel códice que llamara la atención, ni poseían su forma o su tamaño rareza alguna que pudiera conferirle un valor especial. Se trataba de un pequeño libro en cuarto, interfoliado con pulcritud, escrito a pluma sobre un buen pergamino de ternera, como tantos se habían producido en la Edad Media, de la que con toda probabilidad databa. Sin embargo, algo en su interior advirtió a Voynich de que aquel anodino volumen era mucho más de lo que aparentaba. No sólo la extraña lengua en que estaba escrito, que desconocía por completo, sino también los insólitos caracteres que cubrían en apretada escritura sus algo más de cien folios le resultaban incomprensibles. Con seguridad se trataba de un código cifrado, pero él, que poseía cierta experiencia como criptógrafo, jamás se había topado con algo similar. Las mismas ilustraciones, que eran numerosas, le parecían tan poco comunes que le era imposible reconocer nada de lo que representaban, como si aquella sorprendente obra hubiera llegado hasta sus manos no desde un pasado más o menos lejano, sino desde otro mundo, tan remoto como ignorado para los seres humanos.

Asombrado e intrigado a un tiempo, Voynich pasó y repasó despacio las páginas del libro; olió, con cuidado, sus cubiertas e inspeccionó la tinta con una potente lupa que siempre llevaba consigo en un discreto bolsillo interior de su chaqueta. Cuando, tras un minucioso reconocimiento, se convenció al fin de que se trataba de una obra auténtica, no pudo evitar una muda exclamación de sorpresa. A lo largo de sus incontables viajes por toda Europa en busca de libros antiguos, nunca había contemplado un manuscrito semejante. No había nada que pensar: debía hacerse con él a toda costa.

*

Atardecía ya en la abrasadora meseta castellana, algo aliviada por la suave brisa vespertina, cuando el astuto mercader de libros raros abandonaba la pequeña librería. Con el ánimo elevado, tarareaba una canción de juventud, un viejo himno proletario que le traía recuerdos de su pasado revolucionario en la caída Rusia de los zares, y a ratos sus finos labios se abrían en una generosa sonrisa que no se molestaba en disimular. La tarde había sido fructífera. No en vano le había deparado algo más de una docena de excelentes traducciones compradas a buen precio, que aquella misma noche le enviarían a su hotel, y un códice, aquel extraño manuscrito que ahora ocultaba en el bolsillo interior de su chaqueta, casi regalado, pues el librero, que ni siquiera sabía cómo había llegado hasta su tienda, no había puesto reparo alguno en deshacerse de él. En su fuero interno, se felicitó por su suerte. Él sabía muy bien quién estaría dispuesto a pagarle por su pequeño tesoro mil veces más de lo que había desembolsado.

Ciudad del Vaticano, agosto de 1919

Voynich no pudo evitar una sonrisa. El circunspecto clérigo que se sentaba frente a él mostraba en su rostro ajado por la edad la misma expresión de sorpresa e incredulidad que se había formado en su propia cara cuando, unos pocos días antes, había hallado en la vieja librería toledana el misterioso manuscrito que ahora examinaba el religioso. Sintió que una intensa emoción crecía en su interior. Aquel sencillo gesto significaba que la venta tenía muchas posibilidades de cerrarse con éxito, y por un precio que haría palidecer de envidia al más flemático de sus colegas. «Parece que no será necesario forzar las cosas –se dijo mientras apuraba con delicadeza la copa de oporto que le había servido su anfitrión–. El códice se vende solo. Así que tranquilo, no vayas a estropearlo».

—Bien, señor Voynich…

El clérigo había levantado los ojos del códice, dejando con cuidado junto a él la lupa que le había servido de ayuda para estudiarlo. Las profundas arrugas que surcaban su amplia frente parecían aún más marcadas. Sus pupilas, brillantes y diminutas

como las de un ratón, chispeaban ahora con una intensidad que al librero le pareció teñida de perfidia. Voynich no pudo evitar una punzada de inseguridad. Aunque durante las semanas anteriores había llegado a descubrir no pocas cosas sobre el origen del pergamino y los curiosos derroteros que lo habían conducido hasta la librería toledana que había sido hasta ahora su último refugio, aún ignoraba de él mucho más lo que sabía. Por un instante, reparó en la posibilidad de que a aquel hombre no le sucediera lo mismo. Quizá el viejo sacerdote conociera el libro, o al menos supiera de él más de lo que suponía y lograra así engañarlo. Después de todo, no poseía un conocimiento preciso y completo del objeto que le estaba vendiendo, de modo que un precio que a él pudiera parecerle alto podía no serlo. Y lo peor de todo es que no tendría manera de averiguarlo.

Pero pronto dejó de lado sus miedos. Decididamente, el archivero no sabía lo que era aquello. Su expresión de sorpresa de unos momentos antes había sido genuina. Todo iba a salir bien. En un par de horas subiría al tren camino de París unos pocos miles de libras más rico, y unos días más tarde se encontraría de regreso en Londres con la íntima satisfacción de haber hecho un buen negocio.

—No puedo negar –prosiguió el religioso volviendo a fijar toda su atención en una de las extrañas ilustraciones del códice– que me ha sorprendido lo que aquí me trae. Jamás había visto algo semejante. Y le aseguro que he tenido en mis manos libros de una rareza y un valor incalculables…

Volvió a guardar silencio. El parsimonioso compás del barroco reloj de pared que presidía el despacho del archivero se enseñoreó una vez más de la estancia. El polvo flotaba en el aire iluminado por la luz amarillenta del atardecer y le arrancaba a cada instante hermosos destellos dorados que figuraban diminutas estrellas. Al otro lado de los grandes ventanales, la vieja ciudad del Tíber se preparaba, con la resignación que sólo presta la costumbre, para otra tórrida y húmeda noche de verano. Unas gruesas gotas de sudor, que enseguida enjugó con su pañuelo, resbalaron por la frente de Voynich. La espera empezaba a resultarle insufrible. Pero tenía que soportarla sin aparentar el más leve indicio de fatiga. Sabía muy bien que en los negocios,

como en el ajedrez, el primero que pierde la paciencia da la victoria a su adversario.

—Bien, no se hable más –dijo al fin el clérigo–. El manuscrito es, sin duda, auténtico. Aunque los caracteres son extraños, la caligrafía es amanerada, rígida; posee ya la fría uniformidad de los productos de serie. Su tamaño, además, es pequeño, consecuente con la necesidad de ahorrar pergamino que generó el aumento de la producción literaria a finales del Medievo. Sí…, las letras son estrechas y los ascendentes y descendentes, cortos. Los trazos horizontales y verticales son gruesos, a diferencia de los oblicuos, mucho más finos y tenues, lo que nos demuestra que fueron escritos con una pluma cortada de forma transversal. En pocas palabras y, como usted ya habrá deducido –añadió, pagado de sí mismo, con una ironía que ni siquiera se molestó en disimular–, nos encontramos ante un ejemplo evidente de escritura gótica, probablemente de finales del siglo XIII o comienzos del XIV. Me arriesgaría a decir que se trata de una *Old English*, lo que situaría la procedencia del códice en Inglaterra, aunque no estoy del todo seguro. Por supuesto, no puedo establecer con exactitud la centuria concreta a la que pertenece, pues, al no tratarse del alfabeto latino, resulta imposible analizar el trazo de algunas letras clave como la «d», la «g» o la «t», que nos habrían permitido deducirlo.

»En cuanto a la tinta –prosiguió tras una nueva pausa en la que volvió a fijar su lupa sobre el texto– parece también compatible con esa datación. Sin perjuicio del imprescindible análisis químico que, por supuesto, pediré que se realice, diría que se obtuvo a partir de una solución de ácido tánico y sulfato de hierro, usando como ligante algún tipo de goma, una composición también bastante común en la Edad Media. El pergamino…, sí, es vitela de ternera de primera calidad. Uterina, si no me equivoco. Y tampoco parece que se hayan practicado sobre el texto enmiendas ni tachaduras. En fin –suspiró en lo que al experimentado Voynich le pareció un gesto de resignación demasiado teatral–, dígame cuál es su precio. El Archivo Vaticano necesita esta pieza y no seré yo quien se la niegue. El dinero no será un problema –sonrió de un modo que al librero le resultó muy desagradable–. Pero debo advertirle –su expresión se endureció de repente–: en el momento

en que el libro pase a manos de la Santa Iglesia Romana, habrá usted sellado con nosotros un pacto de estricta confidencialidad.

—¿Hasta qué extremo? –Voynich quería parecer indignado, pues quizá de ese modo podría incrementar su precio, pero sabía muy bien a qué se refería el clérigo–. Quiero decir… ¿qué debo entender por confidencialidad?

—Un secreto absoluto. En pocas palabras –otra vez esa desagradable sonrisa–: usted no ha poseído nunca este manuscrito ni lo ha sostenido entre sus manos, ni siquiera ha oído jamás hablar de él. Por supuesto, no nos lo ha vendido. Es más, tampoco se encuentra hoy en este despacho. Por lo que a nosotros respecta, usted no existe, ¿comprende? Si acepta estas condiciones, le espera a la salida una valija con veinte mil libras esterlinas en su interior. Si no las acepta… –el clérigo bebió un sorbo de su copa de oporto y miró fijamente a Voynich. Sus ojos brillaban con la cristalina frialdad de dos diamantes de inusitada pureza–. En fin, me parece que no tiene opción. No puedo permitir que salga de aquí de nuevo con el manuscrito.

Capítulo 1

Ciudad del Vaticano, abril de 2012

Aldo Frattini, el anciano capellán de Su Santidad el papa Benedicto XVI, desempeñaba también, desde hacía cerca ya de veinte años, un puesto mucho más discreto pero para él mucho más apreciado. Bajo dependencia directa de Su Eminencia el cardenal archivero y bibliotecario de la Santa Iglesia Romana, un título tan rimbombante como vacío de contenido, era el verdadero director de la Riserva, la única división que permanecía cerrada al público, incluyendo a los investigadores más prestigiosos, del mítico Archivio Segreto Vaticano.

La célebre institución hacía gala a su fama. No en vano entre sus recios muros se guardaba celosamente la colección documental más rica del mundo, un tesoro de incalculable valor que ocupaba un total de sesenta y cinco kilómetros lineales de estanterías en la Torre de los Vientos, el antiguo observatorio astronómico erigido por el pontífice Gregorio XIII en las cercanías de la Biblioteca Vaticana. Sólo unos pocos privilegiados tenían acceso a todos sus fondos, sin excepción, y Frattini era uno de ellos. Por esa razón, no le importaba demasiado ser tan sólo un *monsignorino*, un prelado con un vacío título de monseñor que nunca había alcanzado la dignidad episcopal. A sus ojos, el goce ilimitado que le otorgaba la Riserva constituía un rango mucho mayor que el que

podía proporcionarle calarse una mitra, por muy prestigiosa que fuera la diócesis que con ella se le confiara, y más aún si, como era habitual en el seno de la curia romana, el obispado que se le encomendaba era uno de esos que, privados de fieles desde muchos siglos atrás, no poseía más enjundia que el título de rey de Francia.

Cada mañana, Frattini, quien siempre se había obstinado en seguir una vida lo más cercana posible al austero ideal de la orden franciscana a la que pertenecía, abandonaba su celda en un convento cercano a la Santa Sede, desayunaba frugalmente en el refectorio con sus hermanos frailes y se dirigía a pie al Vaticano con la misma ilusión que un joven becario en sus primeros días de trabajo. Tras caminar unos pocos minutos sorteando el infernal tráfico romano, cruzaba la frontera de la ciudad-Estado por la puerta de Santa Ana. Allí pasaba por delante del cuartel de la Guardia Suiza, la Imprenta y la Casa de Correos de la Santa Sede; giraba la cabeza con desdén para evitar contemplar el edificio del Istituto per le Opere di Religione, denominación oficial de la Banca Vaticana, en el Torreón de Nicolás V, y accedía al fin a las instalaciones de la biblioteca. Entre sus recios y añosos muros se encontraba su despacho, una estancia enorme, de altísimos techos, paredes casi ocultas por estanterías repletas de gruesos libros y voluminosas carpetas de registro, y una atmósfera empapada sin remedio de un rancio tufo a papeleo que Frattini detestaba tanto o más que la rígida mentalidad burocrática de casi todos los que habían ocupado antes que él aquella sala.

Pero esa servidumbre no amargaba su carácter; antes bien, la consideraba el pequeño precio que debía pagar por el inmenso privilegio de acceder sin trabas a su amada Riserva. Y en verdad se trataba de un precio bien pequeño. De hecho, raro era el día en que permanecía largo rato sentado tras el pesado escritorio de madera de ébano que le recibía cada mañana con los brillantes destellos de su pulida superficie. Después de dos o, a lo sumo, tres horas de tedioso trabajo administrativo, que sólo soportaba gracias a una abundante ingesta de café, siempre encontraba algún pretexto aceptable para su rígida conciencia moral que le permitía levantarse de su viejo sillón tapizado en cuero, arreglarse sin demasiado cuidado el hábito parduzco que se obstinaba en vestir a pesar de su jerarquía y correr con mal disimulada avidez a perderse

entre las interminables hileras de códices, manuscritos y libros antiguos que constituían los fondos de la Riserva.

Aquella luminosa mañana de primavera no iba a ser una excepción. Frattini sentía un especial deseo de retornar a la mesa de estudio en la que había dejado a medio leer una nutrida colección de cartas de finales del siglo VIII escritas en frágiles rollos de papiro. En ellas, el noble linaje franco de los carolingios, por entonces simples mayordomos palatinos, y los pontífices romanos iban acercando posiciones políticas en una intensa negociación diplomática que, por lo que él podía entender, interesaba sobremanera a ambas partes. Deseaban los francos legitimidad para desplazar del trono a los débiles monarcas merovingios; perseguían los papas el patrimonio territorial que les permitiera respaldar sus aspiraciones a la hegemonía espiritual sobre Occidente. «Nihil novum sub solem», nada nuevo bajo el sol, había dicho el rey Salomón. Y era cierto, al menos para él. Conocía muy bien el pasado de la Iglesia. No se hacía ilusiones sobre lo que era y había sido a lo largo de los siglos la institución que se presentaba a ojos del mundo como la única intermediaria autorizada por Dios en sus tratos con el hombre. «Nihil prius fide». Nada antes que la fe. Así lo creía. Al menos, la suya era sólida y profunda, pero no lo era menos su conocimiento del alma humana, sin excluir la de papas y obispos. Y por ello sabía muy bien que la mitra o la tiara no protegen a quienes cubren con ellas su cabeza de las pasiones y apetencias que anidan en el corazón del hombre. Religión y política, por suerte o por desgracia, habían marchado siempre de la mano.

Sumido en estas reflexiones, y tras dejar atrás la Capilla Sixtina, el anciano, todavía ágil a sus cerca de ochenta años de edad, enfiló a buen paso el larguísimo corredor de Ligorio, sin prestar apenas atención a los hermosos frescos que cubrían de detallados mapas las bóvedas del techo. Llegó al fin a la Sala della meridiana, sobre cuyo pavimento había mandado el papa Gregorio XIII marcar en mármol blanco el meridiano que, como cada día, habían de seguir en unas horas los rayos del sol proyectados desde un orificio en lo alto de la sala, y se dirigió sin detenerse a una puerta de pequeño tamaño que se abría abruptamente en la pared sur. Sobre su cabeza, el ángel pintado por el Pomarancio seguía señalando la Fuente de los Elegidos cuando el oxidado resorte de la cerradura

respondió con un estridente quejido a la llamada impaciente de su puño descarnado sobre la vieja madera. Su anciano corazón, que no había perdido aún la capacidad de emocionarse, se aceleró al instante. En unos pocos minutos, sin otro esfuerzo que el de traspasar una nueva puerta, se hallaría sentado tras la larga mesa de estudio, disfrutando en cómplice intimidad del único de sus vicios que se negaba a mantener a raya.

¡Qué tesoros albergaban aquellos muros! Las profecías de san Malaquías, la confesión de Savonarola, la condena de Galileo… Poco le importaba que en la Riserva no hubiera iluminación natural y que sus ojos viejos y cansados protestaran cada vez con mayor intensidad ante el desmedido esfuerzo que les exigía trabajar a la luz mortecina de aquellas viejas lámparas. Tampoco le importunaba el hedor acre a pergamino rancio y polvo más que centenario que a otros resultaba insufrible. Sus fosas nasales parecían haberse inmunizado incluso contra el irritante efecto del producto químico que protegía el papel de la letal acción del hongo que siglos atrás se había instalado entre los enmohecidos muros de la torre. Para él, aquellos antiguos documentos eran toda su vida. Con gusto habría dormido arrebujándose en ellos, tal como cuchicheaban a sus espaldas algunos de los *scrittori* que trabajaban a sus órdenes, de no resultar aquella práctica peligrosa para la integridad de los delicados pergaminos. ¿Acaso cabría imaginar un manto más cálido y acogedor para arropar el sueño de un amante de los libros antiguos?

*

Eran ya cerca de las dos de la tarde cuando Frattini concluyó la lectura de la última de las cartas y restituyó a su lugar los rollos de papiro. Por regla general, debía avisar ahora a uno de sus asistentes para que registraran su devolución mientras él se acercaba al comedor con el fin de procurarse el alimento que su organismo solía reclamar ya con vehemencia a aquellas horas. Sin embargo, aquel día no sentía hambre. De hecho, pensándolo mejor, nada le impedía dedicar el tiempo que habría consumido en la comida a rebuscar un poco más entre los estantes. Sí, podía y lo haría. Se entregaría un rato más a la caza furtiva de tesoros bibliográficos

quizá capaces de saciar su inagotable sed de conocimiento durante una temporada.

Así se hallaba, empinado en difícil equilibrio sobre una ligera escalera de aluminio, escrutando con ansia los anaqueles superiores de una estantería, con una pequeña linterna a pilas en una mano y sujetándose con la otra a la rugosa pared de la sala, cuando resbaló, yendo a dar su cabeza contra uno de los pilares de piedra que separaban entre sí dos pesados estantes repletos de carpetas. Pero, para su sorpresa, el golpe no fue doloroso, pues el pilar, lejos de ofrecer al tacto la sólida y fría consistencia de la piedra, parecía más bien, en aquella sección al menos, de madera pintada para simular los bloques del recio material. Intrigado, el anciano monseñor golpeó con su puño cerrado el contrafuerte, obteniendo en respuesta el eco inconfundible que devuelven los objetos huecos. Su corazón se aceleró como el de un colegial el día de su primera cita. No había duda. Allí debía de esconderse algo. ¿Por qué, si no, iba nadie a perder el tiempo en fabricar un armario de madera, pintarlo para disimular su naturaleza y sustituir luego con él un pesado bloque de piedra? Pero, reflexionó, ¿qué sentido tenía aquello? ¿Para qué tomarse tantas molestias con el fin de ocultar algo en un lugar que era, por sí solo, uno de los lugares más secretos del mundo?

Su corazón, apenas aplacado, volvió a acelerarse con la furia de un caballo desbocado. La respuesta era evidente. Lo que allí se escondiera tenía por fuerza que haber llegado al Archivio por vías diferentes de las oficiales y con unos fines espurios, sin duda bien distintos de aquellos a los que servía la propia institución. Y eso conducía a algunas conclusiones no menos evidentes. En primer lugar, el documento había de ser muy importante, incluso peligroso, si alguien se había tomado tantas molestias para ocultarlo. Y, dado que el que lo había hecho era una persona con acceso al Archivo, era posible que ese peligro planeara sobre un conspicuo miembro de la curia en algún momento no demasiado lejano de la historia, quizá incluso en el presente, pues el falso armario oculto en el muro no parecía demasiado deteriorado por el paso del tiempo. En segundo lugar, era muy probable que nadie supiera qué objeto o documento se guardaba en tan oculto receptáculo ni cuánto tiempo llevaba allí. Nadie… hasta ahora.

El anciano sintió un breve escalofrío al notar cómo su sólida conciencia moral se afanaba en la búsqueda urgente de pretextos que le permitieran ceder a la poderosa tentación que lo amenazaba desde lo más hondo de su alma. No tuvo que esperar mucho. Enseguida reparó en la oportunidad que le ofrecían las circunstancias del hallazgo. Por el momento, él era el único que conocía esa información. Su deber, de eso no había duda, era informar con todo detalle a sus superiores de su importante descubrimiento. Pero ¿y si retrasaba durante unos días su informe? No se trataría de una falta grave ni causaría ningún perjuicio a nadie. Y, a cambio, él disfrutaría del inmenso placer de tener para él solo un códice, si es que era eso lo que allí se escondía, que intuía muy raro y valioso. Ya podía imaginarse acariciando con sus expertas manos su lomo sutilmente envejecido por el paso de los siglos, posando su atenta mirada sobre sus páginas tanto tiempo hurtadas a la luz intrusa de las lámparas, paladeando con impar deleite la sabiduría que sin duda atesoraban sus palabras antiguas... No había nada que pensar. La decisión estaba tomada. Se concedería una semana, quizá dos, a lo sumo tres. Luego informaría al cardenal archivero y el tesoro sería entregado a quien correspondiera para que dispusiera de él de acuerdo con las normas establecidas.

Unos minutos después, con el preciado músculo aún bombeando sangre en su pecho a un ritmo frenético, Frattini regresaba al lugar donde había realizado el misterioso hallazgo pertrechado con un afilado punzón que había tomado de la mesa de uno de los *scrittori*. Si fracasaba en su búsqueda del oculto resorte capaz de abrir aquel compartimiento, no se arredraría ante la opción de desvelar por la fuerza su secreto.

Por suerte, no fue necesario. Tras unos minutos de atento recorrido sobre la superficie de madera, los dedos aún sensibles del anciano monseñor descubrieron en uno de los laterales una pequeña muesca, apenas perceptible, sobre la que bien podía encajar sin mucho esfuerzo el meñique de un adulto. Al colocar en ella el suyo, y tras ejercer una leve presión, un sutil chasquido le reveló que había tenido éxito. La superficie frontal del falso pilar se movió hacia adelante lo suficiente para introducir la mano y tirar de ella hasta retirarla por completo.

Cuando lo hizo, Frattini creyó que el corazón iba a salírsele por la boca. Allí, frente a él, oculto en el elaborado escondrijo, se veía, tal como había esperado, un objeto de gran valor. Envuelto en un viejo paño de seda que apenas parecía afectado por el paso de los años, un pequeño códice encuadernado en cuero púrpura parecía invitarlo a cogerlo entre sus manos y abrir con delicadeza sus pastas por tanto tiempo cerradas. Levantó la vista y murmuró en voz baja una oración de agradecimiento al Señor. ¿Qué mejor regalo podía recibir en el crepúsculo de su vida que un descubrimiento como aquel?

*

Apenas media hora después, el archivero cerraba con un suave golpe la puerta de su despacho, apoyando su espalda sobre la pesada hoja de roble con el gesto de alivio del que ha logrado por fin sustraerse al alcance de sus perseguidores. Sólo entonces se permitió relajar su cuerpo, tenso como una cuerda de violín por la intensa emoción que lo embargaba. No se había topado con nadie en el camino de regreso, de forma que sólo él seguía sabiendo del hallazgo. «Bien –pensó–, por ahora, así debe ser. Ya habrá tiempo para informar al cardenal».

Disfrutando el momento con la misma ilusión que un niño abre sus regalos la mañana de Reyes, Frattini se sirvió una taza de espeso café negro y vertió sobre él una ración de coñac Napoleón, otro de los pocos vicios que se permitía, aunque en esta ocasión, mucho más generosa de lo habitual. Ni siquiera se le pasó por la cabeza la idea de pararse a comer algo. Ya habría tiempo para eso. Con la taza humeante en la mano, se sentó con calma tras su escritorio; extrajo una libreta de notas y una gran lupa de uno de los cajones; abrió por la primera página el pequeño cuaderno, y se detuvo un instante a contemplar su tesoro.

A primera vista, el códice no tenía nada de especial: pastas de cuero púrpura, algo ajadas por el paso del tiempo, formato en cuarto y poco más de cien folios, algunos de ellos desplegables, escritos por las dos caras y numerados en los anversos. No había sufrido mutilaciones, o al menos no se apreciaba indicio alguno de que se hubieran arrancado o rasgado páginas. Pasó con cuidado

la yema de su dedo sobre la primera hoja y comprobó que la calidad del pergamino era magnífica. Sin duda no se trataba de piel de cordero, sino de vitela de ternera nonata usada una sola vez, sin traza alguna de raspado. Acercó la lupa a la superficie. La tinta debía de ser también excelente, pues la escritura no había perdido nada de su intensidad original a pesar de la presunta antigüedad del manuscrito. Las ilustraciones brillaban todavía como si el libro hubiera sido iluminado ayer mismo, y los textos podían leerse con facilidad…

Bueno, era un decir. Frattini se había enfrascado de tal modo en las características técnicas del códice, que había ido anotando con sumo cuidado en su libreta, que había pasado por alto lo más evidente. Los caracteres del texto eran por completo ilegibles. No se trataba de que la caligrafía utilizada fuera difícil de leer –de hecho, el estilo parecía gótico, el habitual en las últimas centurias de la Edad Media– sino de que las letras no se correspondían con el alfabeto latino pero tampoco con el hebreo, el cirílico o el árabe, ni con ningún otro sistema de escritura que él conociera, aun siendo un experto filólogo que dominaba a la perfección una docena de idiomas y un prestigioso paleógrafo que contaba en su haber con una extensa relación de publicaciones especializadas, algunas de las cuales se contaban incluso entre los clásicos de la disciplina. Las observó con atención, acercando de nuevo la lupa hasta casi tocar con su lente la rugosa superficie del pergamino. Desde luego, formaban palabras y párrafos, pero carecían de signos ortográficos, diacríticos o de puntuación y, sobre todo, nada de lo que en ellos se decía, en el supuesto de que se dijese algo, tenía sentido.

Algo semejante sucedía con las ilustraciones. Eran muy numerosas y estaban pintadas con sumo detalle. Pero nada de lo que representaban parecía tener cabida en el contexto europeo de finales del Medievo. Plantas extrañas, complejos sistemas de tuberías, cisternas, ninfas desnudas, curiosos mapas celestes… La extrañeza de Frattini fue en aumento. Aquel códice era el documento más sorprendente que había visto jamás en sus casi cinco décadas de experiencia como archivero. Como el célebre Manuscrito Voynich, que se guardaba en la Universidad norteamericana de Yale, parecía escrito en algún tipo de código cifrado nunca descubierto con anterioridad. Las ilustraciones incluso le resultaban

similares, pero los caracteres eran por completo distintos, aunque igualmente incomprensibles. Y, si nadie había logrado descifrar ni una sola línea del Voynich después de medio siglo de intentos, ¿cómo podía él, un anciano al final de su vida, soñar siquiera con lograrlo en un par de años? Por otra parte, sospechó, ¿estarían relacionados de algún modo ambos documentos? Las preguntas sin respuesta se agolpaban en su mente. El entusiasmo que sentía un par de horas antes se esfumó, dejando en su lugar una ácida sensación de impotencia que ardió con intensidad en la boca de su estómago. Estaba bien claro –decidió– que aquello superaba sus posibilidades. Algunos años atrás, quizá hubiera afrontado con gusto el colosal pero estimulante reto de descifrar aquella misteriosa escritura. Pero ahora, viejo y cansado, sabía que no contaba ya con el tiempo necesario para arrostrar tan ímproba tarea. Debía ceder el testigo.

Resignado, pensó en la persona más conveniente. No cabía duda. Si existía alguien sobre la faz de la tierra capaz de desentrañar el extraño misterio de aquel códice, era su amigo el profesor Julius G. Davenport, de la Universidad de Yale, para muchos un verdadero mago de la criptografía que ya había asombrado al mundo en varias ocasiones al descifrar códigos tenidos por inviolables. Por supuesto, no podía enviarle el manuscrito. Tal cosa no sólo sería un delito, sino una traición a la Santa Sede y, lo que era mucho más grave, a su propia conciencia. Pero nada le impedía remitirle una copia. Sí, eso haría. Le enviaría una copia a Davenport y, mientras, él mismo trataría de hacer algún progreso con el texto. Incluso podía indagar en el Archivo, tratar de encontrar referencias en otros documentos que lo ayudaran a arrojar un poco de luz sobre la historia y la finalidad de tan extraño códice. Sí, decididamente se trataba de una buena idea. Y Adriana, su sobrina, podría ayudarlo; seguro que estaría encantada de hacerlo. «Por supuesto –pensó con una sonrisa–, no es imprescindible que Su Eminencia Reverendísima el cardenal archivero se entere de nada todavía». Se sintió mucho mejor, como si se hubiera quitado un peso de encima, y decidió sellar su decisión con una nueva taza de café y un buen chorro de Napoleón.

La cosa lo merecía.

Lo que Frattini no sabía es que la decisión de la que se sentía tan satisfecho había dictado la sentencia de muerte de su amigo.

Capítulo 2

Biblioteca Beinecke de Libros Raros y Manuscritos,
Universidad de Yale, New Haven, Connecticut,
1 de diciembre de 2012

Yo, la verdad, nunca he sido un paranoico. Tengo mis manías, es cierto, quién no las tiene, pero las mantengo bajo estricto control. No quiero que lleguen a dominarme porque me harían perder mi libertad, y mi libertad es, sin duda, el tesoro que más aprecio. Es más, pensándolo mejor, se trata de mi único tesoro.

Ya habrán deducido que soy un solterón empedernido. Han acertado. A mis cuarenta y cinco años, no he estado casado nunca. Podría mentir con total descaro, hacer de la necesidad virtud y acogerme a alguno de los tópicos al uso. Diría, por ejemplo, que las mujeres me gustan tanto que soy incapaz de atarme a una sola renunciando a los demás. O que mi trabajo me apasiona hasta tal punto que en mi vida no queda sitio para otra cosa. Pero nada de eso sería cierto. La verdad es mucho menos romántica y, desde luego, para qué negarlo, mucho más patética. Lo único que sucede es que no me como un rosco. Y no, no me entiendan mal. No se lo reprocho a nadie. Incluso comprendo profundamente la actitud de cuantas mujeres se me han acercado o, mejor dicho, han tenido la poca fortuna de que yo me acercara a ellas. Hace falta poca autoestima para aparecer en público con alguien como yo y presentarlo como tu pareja.

A estas alturas ya se estarán preguntando si soy acaso una desafortunada reencarnación de Cuasimodo, el jorobado de Nôtre-Dame, o quizá la viva imagen del hombre elefante. No, lo cierto es que no llego a tanto. Sólo soy un individuo poco agraciado, más bien bajito, bastante entrado en carnes, y miope, muy miope. Y, como no tolero las lentes de contacto y siento verdadero pánico ante la sola idea de someterme a una operación quirúrgica, me veo forzado a usar unas horribles gafas de culo de vaso, de esas que hacen las delicias de los compañeros capullos en el instituto y espantan a las chicas como si tuvieras la peste.

Por eso comprendí, cuando era todavía un adolescente, que, por mucho que le doliera a mi fantasioso espíritu juvenil, mi futuro no iba a estar en los estadios deportivos ni en las pasarelas de moda. Nunca sería un gran *quarterback* de la liga nacional de fútbol, y menos aún me convertiría en un famoso actor de Hollywood. Tenía que reconocerlo, y la verdad es que no soy demasiado terco. Así que un día, después de una de esas magníficas sesiones de acoso escolar que terminaban con mi cabeza dentro de la taza de un inodoro o el contenido de mi taquilla desperdigado por todo el pasillo, me senté a reflexionar en una silla de la biblioteca, miré con calma los triunfos que me había deparado el destino y escogí. Decidí especializarme en lo único que hacía bien: estudiar. Y esa es la historia de mi vida. En los últimos treinta años no he hecho otra cosa. De modo que aquí me tienen ahora, convertido en un prestigioso profesor de la aún más prestigiosa Universidad de Harvard, autor de algunos de los libros más importantes de mi disciplina, adulado hasta la saciedad… e igual de solo.

Es mi destino; ya lo he asumido y no me quita el sueño por las noches. Además, no se vive tan mal así. Te evitas las llamadas telefónicas cuando no vas a ir a cenar a casa, las caras hasta el suelo cuando llegas tarde por las noches… y ni que decir tiene que te ahorras mucho dinero en pañales, biberones y divorcios ruinosos.

Pero, si hay algo que no soporto, es que me hagan esperar. Hoy, por ejemplo. Son las diez de la mañana y había quedado a las ocho. La cuenta es sencilla. Llevo ya dos horas esperando con

sufrida resignación a que mi amigo y colega Julius G. Davenport, ilustre catedrático de Paleografía aquí en Yale y prestigioso experto en criptografía, para más señas, se presente a la cita que concertamos ayer por la noche. La cafetería donde me encuentro no está mal del todo. No huele demasiado a fritanga; el café se deja beber sin provocarte una úlcera; los huevos revueltos con bacón están en su punto, e incluso las camareras son bastante amables y atractivas. Hasta ahora me he ido entreteniendo imaginando que alguna de ellas me guiñaba el ojo y terminábamos desnudos en la trastienda haciendo cosas inconfesables tras una pila de cajas de cerveza. Pero empiezo a creer que adivinan mis pensamientos y no quiero acabar la mañana con una gran mancha de café sobre mi vieja y querida chaqueta de pana desgastada al más puro *look* progre. Creo que me acercaré al despacho de Julius en la Beinecke. Quizá esté allí solo, enfrascado por completo en alguna de sus absorbentes investigaciones y haya olvidado la cita. Después de todo, dadas sus inveteradas costumbres, es lo más probable.

*

Diez minutos más tarde, cruzo las puertas giratorias de cristal y accedo al amplio vestíbulo de varios pisos de altura. Me identifico ante Johnny, el circunspecto vigilante de la entrada, solemne como un patricio romano tras su vasto mostrador de granito y madera y, mientras hace su trabajo con la calma que lo caracteriza, me distraigo un instante admirando, una vez más, la formidable columna cuadrada de acero y cristal templado que atraviesa el centro del edificio, desde el suelo hasta el techo, como una médula espinal por la que circulan los impulsos nerviosos de un conocimiento milenario. En su interior, apenas ocultos a la curiosidad del visitante, más de ciento ochenta mil códices y manuscritos clasificados reposan en ordenadas estanterías. El guardia termina por fin de anotar mis datos en el registro y me devuelve la identificación que me acredita como profesor de Harvard. Sin duda me recuerda de otras veces, pero nada en su gesto permite suponerlo. Johnny es un tipo adusto. Cruzo el vestíbulo sin prisa en dirección a

los ascensores, envuelto en la tenue luminosidad que llega del exterior a través de la increíble fachada de granito y mármol blanco de Vermont, un entorno a un tiempo mágico y perfecto para la conservación de los tesoros bibliográficos que allí se guardan. Incluso me detengo un instante a admirar la célebre Biblia de Gutenberg, el primer libro impreso con caracteres móviles del mundo occidental, que reposa orgulloso en su vitrina de cristal blindado. Y, ya puestos, dedico también un par de minutos a rendir pleitesía a la segunda gran joya de la biblioteca, *Los pájaros de América* de John James Audubon, publicado en 1820, que ocupa una urna junto al valioso incunable europeo. Sí, adoro los libros. Después de todo, han sido ellos quienes me han acompañado siempre en mi soledad, sin pedir nada a cambio, como amigos leales en los que he podido confiar en todo momento. Es una cuestión de simple agradecimiento.

Llego al fin frente al despacho y llamo a la puerta, un poco más molesto de lo que me gustaría. No se oye nada al otro lado, lo cual no es sorprendente, pues Julius no soporta el más mínimo ruido cuando está trabajando. Pero… espera. Algo raro sucede. La puerta está abierta y cede con facilidad. Julius jamás se deja las puertas abiertas. Teme que una horda de bárbaros ignorantes irrumpa por sorpresa y le robe sus preciosos libros. O, peor aún, que se los estropee. Es un verdadero paranoico, cuya idea del estudiante medio parece extraída directamente de los salvajes protagonistas de *La naranja mecánica* de Anthony Burgess. Entro con cuidado. Le llamo por su nombre de pila. «¡Julius! –grito–. Soy yo, James, ¿no recuerdas que habíamos quedado, maldito despistado? –nos tratamos así, no es que yo esté muy enfadado–. ¿Julius…?».

No me responde nadie. Entro en el despacho y allí está Julius, caído de bruces sobre la mesa. Quiero engañarme. Me digo que habrá sufrido un desvanecimiento. Después de todo, le sucede con frecuencia. Se concentra tanto en el trabajo que olvida comer durante horas y le asaltan repentinas bajadas de tensión. Pero sé que no es cierto. Una voz en mi interior, una suerte de duendecillo latoso e impertinente, me repite con machacona insistencia que está muerto. Lo compruebo con cuidado. No tiene pulso. No

toco nada más. Llamo a la policía y me derrumbo sobre una silla a esperar a los agentes.

No cabe duda de que el día no ha empezado demasiado bien. Sobre todo para Julius.

*

Los agentes llegan enseguida y se despliegan por el despacho con actitud profesional. Por los emblemas de sus uniformes, deduzco que pertenecen a la policía estatal de Connecticut. Son tres y saben lo que hacen. Cada uno parece ocupar un lugar preestablecido en la escena del crimen, como actores veteranos haciendo su entrada triunfal en el escenario. Uno de ellos, que viste de paisano y parece llevar la voz cantante, saca de su americana una pequeña libreta Moleskine y un bolígrafo barato y comienza el interrogatorio. Si sabe de la existencia de los *i-pads,* los *tablets* o incluso las grabadoras digitales, no da muestras de ello. Quizá le guste aparentar que trabaja como un policía a la vieja usanza. Pero su aspecto no permite suponerlo. Es alto y fornido; sus ojos azules y su cabello rubio rapado enseguida me recuerdan a un viejo cartel de las *Hitlerjugend* nazis, aunque no resulta demasiado fácil imaginar a semejante hombretón ataviado con una ajustada camisa marrón pasada de moda y unos ridículos pantalones cortos de color negro. Además, dice responder al nombre de Trevor Madison, no al de Fritz o al de Adolf. Contengo a duras penas la risa y me concentro en responder a las preguntas. Hay cosas que un respetable profesor de Harvard no puede permitirse hacer en público.

—Bien, si no le importa, daremos comienzo a las formalidades –su gesto es solemne; parece tomarse muy en serio su trabajo, o quizá está sobreactuando para ocultar su inseguridad–. ¿Tendría inconveniente en decirme su nombre completo, dirección y ocupación habitual y explicarme las razones de su presencia aquí?

—Longfellow, James Tiberius. Resido en Boston, en la Universidad de Harvard, donde imparto clases de Historia y Literatura europeas de la Edad Media –respondo de corrido, muy serio, como un niño orgulloso de saberse la lección; hasta ahora estoy interpretando muy bien mi papel de testigo fiable–. Había quedado

con mi amigo, el profesor Julius Davenport, hoy, a las ocho de la mañana, en una cafetería del campus. Foster's me parece que se llama. Cuando no se ha presentado a la cita, he decidido acercarme yo mismo hasta su despacho. La puerta estaba abierta; he entrado, y esto es lo que me he encontrado. ¿Está…? –no sé muy bien qué palabra emplear; en realidad, no acabo de creerme que Julius esté muerto–. Quiero decir, ¿ha…?

—Sí, no existe duda alguna de que el señor Davenport, al que usted ha identificado en este mismo acto, ha fallecido –mira por el rabillo del ojo a uno de los miembros del grupo de investigación de la escena del crimen que acompañan a los policías, que asiente con un gesto casi imperceptible–. La causa de la muerte es otra cosa. Será necesario practicarle una autopsia para determinarla. Quizá se deba a causas naturales. Después de todo, era un hombre mayor, ¿no es cierto? ¿Sabe usted si padecía alguna enfermedad?

De hecho, sí lo sé. Julius y yo éramos muy amigos. Tanto que ninguno de los dos tenía otros. Aún recuerdo muy bien cómo empezó todo, hace ya diez años. Aunque parezca increíble, fue una simple cuestión de nombres.

—No, no padecía ninguna. Además. No era tan mayor como usted cree –me siento un poco indignado; ¿es que todo el mundo está obligado a mantenerse en una forma física envidiable y aparentar diez años menos de los que tiene a costa de machacarse en el gimnasio y dejarse medio sueldo en cremas?–. Tan sólo contaba cuarenta y nueve años.

Sí, sólo una cuestión de nombres; del mío en concreto. Nos conocimos en un congreso en Europa, en la Universidad parisiense de La Sorbona. Él acababa de dictar una magnífica conferencia sobre la caligrafía humanista italiana de finales del siglo XV y yo me acerqué entusiasmado a la tarima con la intención de felicitarlo. Nos presentamos. Él se mostró más bien distante hasta que le dije mi nombre de pila. Entonces su expresión cambió de repente. Parecía sorprendido. «¿James Tiberius? –me dijo con un rictus de asombro en el rostro–. ¿Se trata de una mera casualidad? ¿O quizá su padre tuvo alguna intención especial –una chispa de picardía brilló por un instante en sus ojos– cuando escogió ese nombre en concreto?».

La tuvo, desde luego. Mi padre, el viejo señor Curtis Longfellow, era un anodino empleado de la recién fundada cadena Walmart en Rogers, Arkansas –sí, ya lo sé: «Save Money. Live better». He oído ese eslogan a diario durante años. Incluso llegué a pensar que era el lema de mi familia–. Jamás leía un libro. Pero sentía verdadera pasión por la serie *Star Trek*. No se perdía un solo capítulo; incluso memorizaba diálogos completos que después repetía a quien quisiera escucharlo. Y su personaje favorito, seguro que ya lo han adivinado, era el capitán de la nave *Enterprise*, James Tiberius Kirk. De modo que, cuando tuvo su primer y único hijo, yo mismo, y haciendo caso omiso de las débiles protestas de mi madre, no dudó un instante sobre el nombre que iba a imponerle. Al principio no me gustaba, pero luego empecé a tomármelo con humor. Después de todo, peor habría sido que al viejo le hubiera gustado más Mr. Spock.

—Bien, supongamos que se confirma el asesinato –el policía con aspecto nazi continúa su interrogatorio–. ¿Cree usted que alguien podía tener alguna razón para desear la muerte del profesor? Quiero decir… ¿estaba metido, que usted sepa, en algún asunto oscuro? ¿Tenía deudas de juego? ¿Aficiones inconfesables, quizá?

—No, nada de eso –vuelvo a sentirme molesto: ¿es que a este hombre no se le pasa siquiera por la cabeza que las personas normales puedan morir asesinadas?–. Aunque le parezca sorprendente, agente… ¿Madison?, la docencia y la investigación constituían sus únicas actividades. Por lo que sé, vivía en un edificio dentro del propio campus y apenas salía del recinto, a no ser que participara en algún congreso de su especialidad o pasara una breve temporada en un archivo con el fin de consultar sus fondos. No frecuentaba ningún tipo de espectáculo, incluyendo los más corrientes, como el cine o el teatro. No tenía permiso de conducir. Ni siquiera tomaba vacaciones, o al menos nunca lo hizo desde que comenzamos nuestra amistad. Y tampoco venía a visitarme a Harvard. De hecho, era yo quien lo visitaba siempre. Puedo decirle, sin exagerar ni un ápice, que se trataba de un hombre entregado por completo a su trabajo.

«Y a *Star Trek* –pienso para mis adentros–, claro». De hecho, recuerdo perfectamente lo chocante que me resultó esa afición.

Bajo la apariencia circunspecta de aquel profesor universitario especializado en algo tan serio y aburrido como la paleografía y la criptografía, se ocultaba con cuidado un verdadero fanático de la serie de Gene Roddenberry. Tanto que siempre he pensado que sólo se convirtió en mi amigo porque, en contra de su naturaleza huraña, no podía evitar relacionarse con alguien que llevara el nombre de su héroe favorito, el capitán Kirk. De hecho…

—¿Señor Longfellow…?

Ha vuelto a sucederme. Se trata de otro de mis pequeños defectos que había olvidado mencionar. A menudo me abstraigo hasta tal punto que llego incluso a olvidarme de que estoy hablando con alguien. Desconecto sin más y me convierto de inmediato en el único habitante de mi propio universo paralelo. Por supuesto, se trata de una habilidad que no deja de tener sus ventajas si te dedicas a la investigación. Consigues un grado de concentración inalcanzable para los simples mortales. Pero sus efectos sobre la vida social son demoledores. Y mi vida social no es precisamente la de Madonna…

—Sí, discúlpeme… –no puedo evitar ruborizarme, otra de mis habilidades ocultas–. Me sucede a veces. Se me va el santo al cielo y…

—No se preocupe –la grave expresión de su rostro desmiente sus palabras; desde luego, le ha molestado que no le prestara atención–. Le decía que si el profesor le había dicho algo…, no sé, algo que le hiciera pensar que tenía algún problema. O quizá pudo usted percibir algún matiz extraño en su tono de voz cuando hablaron para concertar la cita…; ya sabe a qué me refiero.

—Pues ahora que lo dice –¡desde luego! Pero ¿cómo no había caído?–. Sí, algo extraño sí le noté en el teléfono. Cuando hablamos, ayer por la noche, parecía especialmente entusiasmado. En realidad, nunca lo había visto así antes. Era un hombre muy comedido, poco dado a las efusiones. Ahora recuerdo su frase. Me dijo, si no me equivoco, que, después de mucho esfuerzo, había realizado un descubrimiento de gran importancia.

—¿De gran importancia? –Madison anota algo en su libreta–. ¿Y sabe usted a qué podía estar refiriéndose?

—Sí, se refería a un extraño códice que había estado descifrando. Por lo que parece, se le resistía mucho y al final logró dar con la clave. Sí, ahora recuerdo sus palabras exactas; fueron algo así como «un descubrimiento capaz de hacer temblar los cimientos de la ciencia oficial».